



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO.

NUESTROS ACTORES
JOSÉ VALERO



Lit. Descarga 14. Madrid.

Constancia, estudio profundo,
genio, inspiración y fe...
¡En diciendo: «Don José»,
boca abajo todo el mundo!

SUMARIO.

TEXTO: De todo un poco, por Eduardo de Palacio.—No hay de qué, por Vital Aza.—Pues señor, por José Estremera.—En puerta, por Emilio Casado.—Perdón, por Simón Delgado.—Bocetitos, por E. Navarro González.—Epístola terrenal, por R. Rodríguez Merino.—Valiente fotógrafo!, por Fiacro Iráyoza.—¿A dónde vas?, por José López Silva.—Chismes y cuentos.—Soirée.—Anuncios.
GRABADOS: José Valera.—El estilo, por Cilla.

DE TODO UN POCO

Pues si descontamos algunas *puñalaitas* y tal cual suicidio consigo mismos intentado ó realizado por más de un vecino harto de sigo mismo, no ha ocurrido cosa digna de mención.

Porque eso de la perpetración de la Biblia en verso por el eminente zuavo literario Sr. Carulla, lo incluyo en la lista de sucesos desgraciados.

Respecto á eso de los billetes de libre circulación en los ferrocarriles para los señores diputados y personas que les acompañen, la modestia me impide ocuparme.

Habrà pocos españoles tan entusiasmados como yo por nuestras glorias nacionales, y entre éstas coloco yo á los señores que nos representan.

Lamentaria que se creyeran aludidos los actores dramáticos.

Comprendo, como el país lo comprende, que los sacrificios que realizan por nosotros los *infrasquitos* representantes, es decir, nuestros intérpretes en las Cámaras, exigen cierta remuneración, que la envidia pretende escatimarles.

Si un día, no lo permita Dios, se cerraran las puertas de esos establecimientos, no lo permita Dios (*bis*), ¿qué sería de nosotros, no lo permita Dios?

Los diputados renuncian al uso de la libre circulación.

Ahora resulta que no hay un defensor siquiera de la desamortización de los billetes de ferrocarriles.

Lo mismo sucede con el principio de la desamortización de restaurants, sastrerías y zapaterías.

¿Quién puede defender esas cosas?

El país las condena ostensiblemente.

Así como el mismo país aplaude los adelantos que la mujer consigue en su carrera femenina, como dice un caballero muy conocido, á quien tengo el gusto de tratar ara mi divertimento.

Hasta ayer, puede decirse, las familias no disfrutaban esa facilidad para la *exportación* de las muchachas.

Contábamos en España, por ejemplo, con algunas escritoras notables, como Santa Teresa, en lo antiguo, y la inspirada D.^a María del Pilar Sinués, casi en nuestros días.

Pero mujeres doctoras en ambos derechos, públicamente, no usábamos: ni licenciadas en medicina, ni licenciadas del ejército.

Ahora se les ofrece una carrera nueva: la de mujeres eléctricas, ó mujeres telegrafistas.

Es una reforma reclamada hace tiempo, no por algún juzgado de primera instancia, sino por las necesidades del servicio y por las exigencias del progreso material de ambos sexos.

La profesión de telegrafistas es de las que se hallan dentro de las aptitudes de la mujer indudablemente.

Desde sus años infantiles siente cierta propensión á telegrafos; en cuanto empieza á jugar á los novios, *hace telegrafos*.

Las funcionarias telegrafistas ofrecen otra ventaja sobre

los funcionarios; acostumbradas á la máquina Singer, manejarán los aparatos de trasmisión con más soltura que los hombres.

Implantada la reforma, el porvenir ofrecerá mayores garantías á la mujer manufacturero-eléctrica, y VV. perdonen esta libertad poética.

¡Qué satisfacción para un hombre modesto la de poder relatar á los amigos los servicios prestados durante el día ó durante la noche, por su señora, en las oficinas de Telegrafos!

—¿Y la señora?—preguntaremos á cualquier amigo de los que las gastan.

—De guardia—responderá el amigo con cierta soberbia.

—¿Cómo de guardia?

—¿Pues no sabe V. que la he colocado en telegrafos?

—No lo sabía; y V., ¿qué hace?

—Estoy volviendo una levita y poniéndola en verso.

Las mujeres son más activas que nosotros, y en asuntos de trabajo manual siempre nos sacarán ventaja.

Sin embargo, no debe ocultarse á la perspicacia de los defensores de la mujer en libertad las dificultades que ha de hallarse en la práctica.

Supongamos que llega una señora á una estación telegráfica, y escribe en un papel lo siguiente:

—«Querido Fulano de Tal: Te espero esta tarde, á las cuatro, en el café que tú sabes.—Tuya...»

Puede ocurrir que ese Fulano sea el marido de la funcionaria.

¿Cuánta prudencia ha de exigir el Estado á la empleada celosa para que no reviente á la señora del público!

¿Y cuando los esposos de las telegrafistas se hallen separados de ellas, y lean en algún periódico alguna noticia alarmante, como ésta:

—«La línea de... funciona con retraso?»

—«Dios mío! ¿qué habrá ocurrido á mi pobrecita mujer! porque esa línea es la suya.

Para una joven humilde, soltera y bien educada, será una vergüenza eso de «ponerse al habla» con el Ministro, ó con el Gobernador, ó con quien la llame.

—«La línea se halla interrumpida en J»—dirá la prensa.

—«Interrumpida en Juanita!

Por más que la hoja de servicios de Juanita consigne cuántos realice la joven, y no haya tenido ella parte directa ni indirecta en el percance, los hombres obtusos se abstendrán, recordando lo de la interrupción.

Las guardias entre telegrafistas hembras y telegrafistas machos, ofrecerán más alicientes para los muchachos del Cuerpo.

Será indispensable el establecimiento de secciones ó departamentos para las niñas que lleven á instruir los expedientes á las propias madres facultativas.

¿Y cuando dé á luz, siquiera sea accidentalmente, alguna oficiala del ramo ó subdirectora?

—¿A dónde va V.?

—Soy la nodriza del jefe.

—¿Qué horror!—exclamará algún portero;—en mi tiempo no entraban tan jóvenes en el servicio.

Y otro replicará:

—Desde que ha subido la izquierda de la humanidad, los hombres estamos humillados.

Verdad es que la mujer necesita nuevos horizontes.

Yo propondría que se las concediese la exclusiva en los despachos de géneros de lujo, en las perfumerías, por ejem-

plo, en los establecimientos comerciales de telas, bisutería, etc.

La agricultura necesita brazos robustos que contribuyan al engrandecimiento (agrícola) de nuestra Patria.

Muchos de nuestros hombres políticos, de nuestros (ó de sus) escritores de oficio, de los banqueros que se hacen en este país, de los generales más consecuentes, hallarían digna colocación en la ciencia agrícola y sus prácticas.

Tal vez dentro de pocos años se oirá una voz que, á imitación de la del profeta, nos grite:

—¡Españoles, á la labranza!

EDUARDO DE PALACIO

¡NO HAY DE QUÉ!

A UN AMIGO.

Me preguntas si debes casarte,
y yo, francamente,
no sé qué decir.
El consejo que pueda yo darte,
de poco ó de nada
te puede servir.

Si la chica te quiere y te gusta,
y es buena y honrada,
te debes casar.
Mas si tanto la boda te asusta,
no debes, amigo,
llevarla al altar.

¿Que la chica se muere de fijo
si tú la abandonas
y pierdes tu amor?
¿Y que tú la idolatras?... Pues, hijo,
¡ánimate y cástate!
¡Esto es lo mejor!

¿Que su padre el permiso ha negado
y no hay quien varíe
su empeño tenaz?
Pues entonces, lo más acertado
será que desistas
y vivas en paz.

¿Que á pesar de ese empeño, tu bella,
soltera ó casada
te quiere seguir?
Pues entonces, andando con ella!
La robas, te casas,
y luego ¡á vivir!

¿Que si el robo en el pueblo se sabe,
ninguno, de fijo,
te da la razón?
Hijo mío, el asunto es muy grave!
Sobre él me reservo
mi pobre opinión.

¿Que aunque el pueblo te llame canalla,
tranquilo, no obstante,
te debes quedar?
Si es así, por sabido se calla
que sólo ese rapto
te puede salvar.

¿Que al pensar en la boda te olvidas
de que es imposible
no habiendo *parné*...
Pues entonces, imbécil, no pidas
consejos á nadie,
que no hay para qué.

¿Que el amor que me tienes es grande?
¿Que sólo cien duros
te debo mandar?
Pues si esperas que yo te los mande,
¡ya estás aviado!
¡Te puedes sentir!

¿Que al prestarte esos miles de reales

seguros los tengo?
¡Pues claro que sí!
Por lo mismo que sé lo que vales,
ni media peseta
te presto yo á ti.

¡Con la tuya, amiguito, no pasas!
¡Envaina ese sable,
que no me la das!
¡Y si quieres casarte, te casas!
¡A mí no me pidas
consejos jamás!

VITAL AZA.

PUES SEÑOR...

Voy, oh lector, á contarte
un cuento que yo he aprendido
sin duda de haberlo oído
contar en alguna parte.

Diz que Vicente Aguilera
nunca se quiso casar,
porque no pudo encontrar
mujer que le conviniera.

Él era un santo varón,
mas nació con la manía
de llevar la economía
hasta la exageración.

No comía más que sopa
de pan, para ahorrar dineros,
y andaba en su casa en cueros
para no gastar la ropa.

Nunca pensaba en placeres
porque eso es cosa carísima,
pero tenía grandísima
afición á las mujeres.

Era arreglado el maldito,
mas le pasó por las mientes
que trae mil inconvenientes
el tener un *arreglito*.

Decía: —Yo no me corro
á casarme con ninguna,
á no ser que encuentre alguna
partidaria del ahorro.

Basta de cavilaciones:
no quiero ver destruida
mi fortuna reunida
á fuerza de privaciones.

Si hasta aquí lo pasé bien,
así siempre he de seguir,
aunque tenga que morir
soltero y virgen amén.

Un día el buen Aguilera
vió que frente á su guardilla
vivía una modistilla
que era una niña hechicera.

cuyo cuerpo escultural
de seductores contornos,
no tenía más adornos
que un vestido de percal.

Pasó el tiempo, y transcurrido
un año observó Vicente
que la vecina de en frente
usaba el mismo vestido.

Razón por la cual formó
gran concepto de la bella,
y aun pensó acercarse á ella,
cuando á los tres años vió

que era la chica una prenda,
pues aun tenía el vestido
tan flamante y tan lucido
como al salir de la tienda.

—Esta chica es el demonio,
pensó Vicente, y es llano
que debo darle mi mano,
puesto que este matrimonio
conviene á mis intereses,
con mujer tan arreglada,
una camisa planchada
me durará siete meses.

Casárense al mes cabal,
y la niña, como en toda
su vida, lució en la boda
el vestido de percal.

Al salir dijo el marido:
—Pero dime, criatura,
¿cómo es que tanto te dura
ese dichoso vestido?

—Son varios, no lo reparas,
mi abuela, que era tendera,
me dejó la pieza entera,
que tiene doscientas varas.

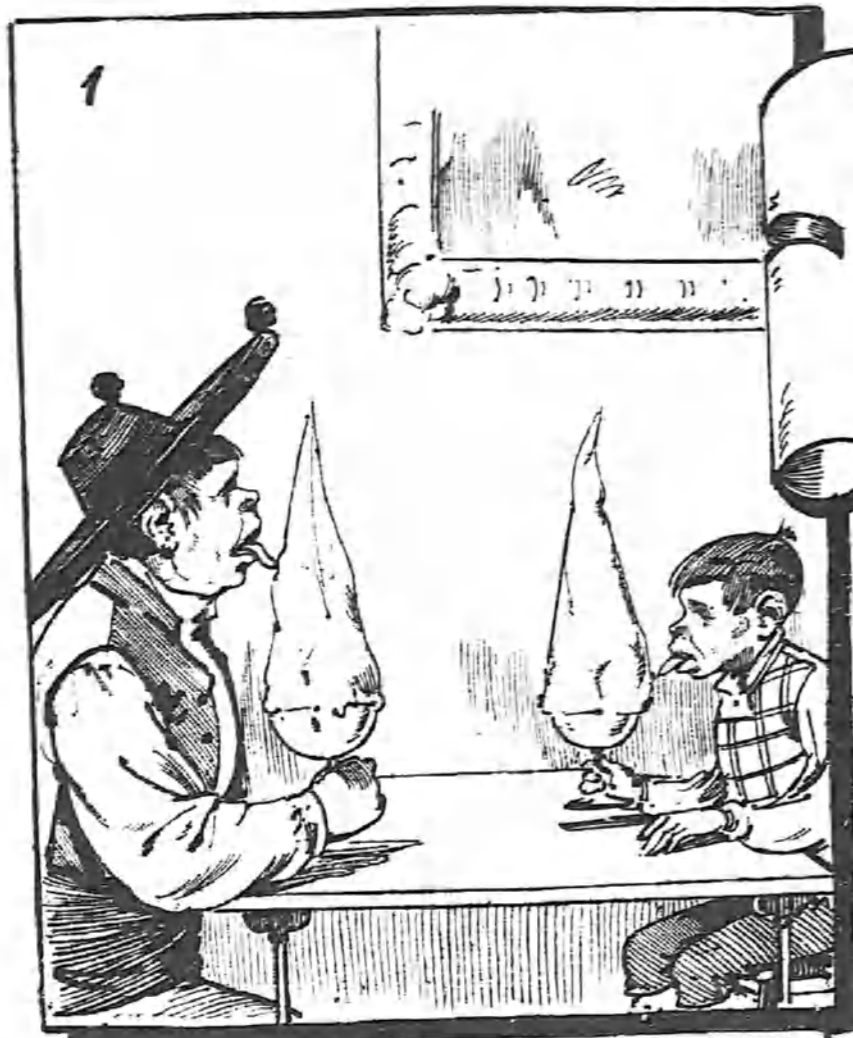
JOSÉ ESTREMEZA.

EN PUERTA

¡Gracias á Dios que ya ha concluido el insufrible cotoreo de las porteras de la vecindad! Ya no suena ¡el alimón! ¡el alimón! de esos angelitos creados para martirio de la insignificante clase estudiantil en los azarosos días de mayo y junio. ¡Gloria! ¡Gloria *in excelsis Deo!* que ya han cesado de pulsar el piano las lindas manos de mis más ó menos lindas vecinas... ¡Uf!... ya respiro.

¡La una! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Juraría que no hace media hora me puse á estudiar!... y se comprende: la criada del segundo, que á voz en cuello refiere á la vecindad cómo á su novio, uno de nuestros primeros veterinarios, le han *escabechado* ayer tarde: el portero de enfrente que cuenta cómo á su sobrino, un eminente aspirante á farmacéutico, le han *reventado* esta mañana porque no supo que el agua era H O². ¡Ya ven VV.! ¡que el agua no es agua, sino H O²! los *consuelos* de los compañeros que ya pasaron el *trance* y no cesan de repetir: —¡Chico! aprieta, *tiran á degüello, ayer de catorce, nueve*— (un grano de anís); son cosas que le ponen á uno los nervios de *punta*, el corazón de cabeza, digo de gallina y... y ¡qué caliente tengo la cabeza! ¡á menos siete horas de examen, que es la temperatura á que se liquida el diamante!... Estoy sintiendo dentro del cráneo cómo las sustancias cerebrales suben, bajan y tiemblan del mismo modo que la galantina que ponen en los escapa-

EL ESTIO



1.—¡Carape! ¡si está mu frío!
—Pero está gueno además.
Chupa de recio, hijo mío,
que ya te acostumbrarás.



2.—¡Animos! Entra, Sultyn.
¡Lo que es hoy no se me van!



3.—El rubicundo febo,
que sabe ¡vive Dios! freir un huevo.



4.—Dice el doctor que el dolor
se quita en Biárritz bien.
—Me alegre. Y ¿te da el doctor
el dinero para el tren?



5.—El Neptuno y la Ci eles:
ellu muy fea, él muy fuer;
raídos en Rivadeo,
¿cuán dicen los papeles.

Lit. Dese, uno F. Madrid.

rates de esas casas donde se come bien; y qué bien dicen que se come en esas casas! Por esas celdillas que dicen tenemos en el cerebro, siento correr como caballos en hipódromo jugando al escondite todas las ideas que he sacado de estos libros: la belleza, el cambio, la verdad, el capital, las circunstancias eximentes, los capítulos Tridéntinos... El *imperativo categórico* preside el juego en la imposibilidad de darles fijeza... La memoria se desespera en su impotencia para coger á ninguna... Calderón y Smith, Pacheco y Kant, Bastiat y Hegel, se rien haciéndola muecas.

No me sucedía esto cuando estaba en mi pueblo; ¡qué bien estudiaba yo entonces! Allí, en el patio lleno de flores bajo el toldo, rodeado de mis hermanitos, que jugaban silenciosamente esperando un rato de descanso para que les contara un cuento ó les hiciera cosquillas, siempre al lado de mi madre que me quitaba el libro si estudiaba una hora seguida, temiendo que me estropeará la vista, cerca de mi padre que me animaba si alguna vez desfallecía, ó me explicaba un concepto oscuro. Pues, ¿y las discusiones sobre si había ó no estudiado bastante?—Se quedará ciego.—Se hará hombre.—Que no ha de estudiar más.—Siempre ganaba mi madre! Pues, ¿y el día del examen? La ropa dominguera muy temprano, un millón de recomendaciones de serenidad al marcharme al Instituto, la impaciencia en todos los semblantes hasta que aparecía yo saltando por la calle arriba; y ¡qué alegría! ¡á la mesa! ¡á la mesa!—¿Te preguntaron mucho?—¿Tuviste serenidad?—¿Contestaste bien?—¿Bravo! ¡bravo!—¿Á la mesa! ¡á la mesa!... Una época en la vida. Aquí... aquí una mesa y una luz, la soledad en los ratos de descanso...

¡Ya las dos y me faltan veinticinco!... ¡qué ruido es ese? ¡todavía más piano? ¡Ah!... es Rosita que toca la despedida, el final de *Norma*: desde que la presté ese libro de Alarcón, siempre toca *Norma* antes de acostarse; ¡qué habrá pensado Rosa al no verme esta noche en el balcón ni un momento? ¡Pobrecilla! ¡qué ignorante y... qué bonita es mi vecina!

¡Anda, anda! ¡y cómo aprieta! Va á romper las teclas; eso ya no es el final de *Norma*, es el *Anillo de los Nibelungen*... y ahora qué dulcemente, qué...—¿Rosa? ¿Rosita?—Mañana, es decir, hoy—Muy flojo, muy flojo.—Gracias... gracias mil.—Adiós, adiós.

EMILIO CASADO.

PERDON!

He sido infiel, lo confieso:
le di á la criada un beso
sin poderlo remediar;
mas no me dejes de amar
ni te incomodes por eso.
Porque lo hice distraído,
y por si acaso has creído
que en tu ausencia me propuso,
te voy á contar el caso
lo mismo que ha sucedido.
Yo venía, ebrio de amor,
á pintarte con calor
mi pasión pura y sencilla.
Tiré de la campanilla,
que nunca sonó mejor.
Creí, como es natural,
que tú saldrías á abrir
y largué el beso fatal.
¿Quién me habla de decir
que le dirigía mal?
¿Sigues triste todavía?
¡Por Dios! ¡no estés enojada!
¿No comprendes, alma mía,
que fué en mi tontería
posponerte á la criada?
¿Vas á tener celos de ella?
Si lo sabe, ¿no ha de estar
orgullosa de su estrella?
¡Si, al menos, fuera doncella,
vamos, podría pasar!
Pero una criada, ¡horror!
no me creas tan dejado
de la mano del Señor.

Por haberme equivocado
siento profundo dolor.
Y si quieres imponer
castigo á la inadvertencia
que acabó de cometer,
te prometo obedecer
en seguida la sentencia.
Vamos, niña de mis ojos,
consuélate, por favor,
y evítame más sonrojos.
Aquí me tienes de binijos
dispuesto á probar mi amor.
A más, estoy convencido
de que ella no lo ha sentido.
¿Crees que, por casualidad,
esa gente, ángel querido,
tiene sensibilidad?
¿Dices que engañarte quiero?
¿Dices que soy un traidor,
un perjuro, un embustero?...
¡Engañarte yo! ¡Primero
perderé vida y honor!
¡Ay! te juré no volver
á llamar fuerte en la casa
ni á besar sin conocer...
¿Y callas! ¡Habla, mujer,
porque la duda me abrasa!
.....
Ya que te pones así,
yo remediaré el exceso.
Llama á la criada aquí;
voy á pedirle mi beso
para endosársela á tí.

SINESIO DELGADO.

BOCETITOS

I.
Doña Inés, suegra imposible,
aborto del mismo infierno,
que siente contra su yerno
una iracundia terrible,
de sus odios poco avara,
á otra suegra la decía:
—¿Verdad que usted desearía
que su yerno reventara?
—¿Que diera mil testimonios
de sufrimientos atroces,
y que al morir, dando voces,
le llevarán los demonios?...
—Yo soy buena, y francamente
dijo la otra, —no quiero
que el pobre padezca; pero...
que se muera santamente.

II.
Don Crisanto Robledal,
muy excelente persona,
católico y liberal,
su mismo rostro le abona.
—¿Qué forma!
—¿No es prestamista?—Lo es,
pero, ¡qué afable y qué atento,
y á qué módico interés
da el dinero! ¡Al diez por ciento
cada mes!

III.
—¿Buena mujer! ¡Qué brillantes!
¡Vaya un lujo! ¡Qué boato!
—¿La tratas?—Ya no la trato:
yo la he conocido antes
en el callejón del Gató.
—¿Es muy hermosa!—¿Es casada?
—¿Qué ha de ser!—¿Cuál es su vida?
—Una vida accidentada;
se entretiene en no hacer nada,
y está siempre entretenida.

IV.
—¿Qué pollo tan perfumado!
Y apenas le apunte el hocico,
¡Y es guapo!—Pues ese mozo
es un crítico afamado.
—¿Crítico ya?... No me explíco...
—¿Crítico de tres hemofes!
¡Una erudición y un picot...
¡Caracoles con el chico!
¡Caracoles!

V.
—¿Qué correcto y qué estilado!
Buen solitario, ¡Qué traje!
—¿Tiene aires de personaje!
—¿Deber ser un diputado!
—¿De fijo, es un caballero!
—¿Calle, críste en la escalera...
—¿Cómo increpa á la poetra!
—¿Si es un ilo!—Es el casero.

VI.
Viuda, gordita, jamona,
arica, visto de luto,
San Juan 6. No tuvo fruto
de herencia.—Es patrona

VII.
Amal nació en Santander,
húbose allí de casar,
vino á Madrid á criar,
y es linda como mujer.
Ni se queja ni murmura,
trabaja más de lo justo:
su leche es fresca, y da gusto
al padre de la criatura.

VIII.
—¿Qué patillas! ¡Eche usted!
—Y corbata blanca!—¿Ya!
—Ese es un banquero.—¿Cuál!
—¿Es un mozo de café!

E. NAVARRO GONZALVO.

EPÍSTOLA TERMAL.

Señora del alma mía: Vine á estos baños de Arceña con la salud no muy buena, pero llena de alegría el alma, y sin una pena. Las aguas, con su virtud, me hicieron ir recobrando poco á poco la salud, y hoy me sigo ya bañando tan sólo por gratitud; pero es tan negra mi suerte, hermosísima señora, que la he visto á V., y ahora mi bienestar se convierte en fiebre que me devora. No hay doctor para este mal ni agua ninguna especial que me devuelva la calma; vine del cuerpo tal cual... y estoy muy malo del alma.

La suerte así lo depara, y V. si bien se repara no tiene culpa ninguna de tener—por su fortuna—ese cuerpo y esa cara. Yo así no puedo seguir, y estoy dispuesto á partir si V. no se ha de marchar, pues no me quiero morir... ¡ni V. me querrá matar!

No exagero ni la engaño; su mirada seductora produce en mí un fuego extraño, cual no he sentido, señora, ni en la estufa ni en el baño.

Por las tardes la he encontrado en el parque alguna vez, y siempre me quedo helado si pasa V. á mi lado con desafiadora altivez.

Agregue á estas impresiones las de los baños, y un día, de fijo, señora mía, con tan bruscas transiciones, cojo alguna pulmonía.

No pretendo, por mi fe, que calme V. mi dolor; si al cabo enfermo de amor, no me han de curar ni V. ni el médico-director; más puede cesar mi anhelo marchándome yo de aquí, ó volviéndose V. al cielo, si es que ha venido de allí, según al verla recelo.

.....
Usted lo ha de decidir.

Haga el favor de decir cuándo se piensa marchar; pues no me quiero morir... ¡ni V. me querrá matar!

R. RODRÍGUEZ MERINO.

¡VALIENTE FOTÓGRAFO!...

¡Qué visión tan horrorosa!
 ¡Qué descaró! ¡Qué usadía!
 Por lo visto, á cualquier cosa
 llama usted fotografía!
 Después de tenerme un rato
 quieto en postura forzada,
 me saca usted un retrato
 que ni es retrato ni es nada.
 ¡Hombre, por Dios! ¡Me resisto
 á recibir tal regalo!
 ¿Sabe usted que nunca he visto
 un fotógrafo tan malo?
 Esa cosa que me ofrece,
 y á la cual aludo aquí,
 á cualquiera se parece,
 si señor, menos á mí.
 Y es tan cierto lo que digo,
 que lo más hace una hora
 me preguntaba un amigo:
 «¿Es usted ó es su señora?»
 Este dicho impertinente
 que por todas partes cunde,
 me prueba evidentemente
 que hasta el sexo me confunde!
 Usted será muy artista,
 se lo digo sin empacho;
 pero no hay Dios que resista
 semejante mamarracho.
 Sólo un detalle ha salido,
 y por cierto que me asombra,
 y es que lo más parecido
 que tengo, es la mala sombra.

Por lo demás, yo confío
 que opinará como yo;
 pues ni ese retrato es mío
 ni Cristo que lo fundó.
 Hay más: aquella mañana
 que le hice á usted mi visita,
 iba yo de americana
 y he salido de levita.
 Sólo una calamidad
 dé la cabeza á los pies,
 tiene la facilidad
 de hacerlo todo al revés.
 Y usted lo hace ¡ya lo creo!
 y según tengo á la vista,
 para sacarle á uno feo
 es usted *especialista*.
 ¡Todo lo echa usted á perder!
 ¡Todo lo saca usted mal!
 ¡Todo lo cambia el poder
 de su máquina infernal!
 Los unos salen nublados,
 los otros mal parecidos,
 casi *muchas* jorobados
 y casi *todos* torcidos.
 De un soldado hace un torero,
 un *gomoso* de un cesante,
 con un clérigo un bolero,
 con un *cursi* un *elegante*.
 Con un niño... ¡se hace un tío!
 con un viejo hace una Geres,
 con una mujer... ¡Dios mío,
 lo que hará con las mujeres!...

FIACRO IRÁVZOS.

¿A DÓNDE VAS?

—¿Dónde vas, niña hechicera,
 la de cuello nacarado,
 la de seno levantado,
 la de blonda cabellera,
 la de risa seductora,
 la de la cintura breve,
 la de manos cual la nieve,
 la del pelo cual la mora?

¿Dónde vas, niña querida,
 con esos tus labios rojos?
 ¿Dónde vas con esos ojos
 que dan y quitan la vida?
 ¿Dónde vas, gentil palmera?
 Mi cielo, mi bien, responde:
 ¿a dónde vas, dime, á dónde?

—Pus, hombre... ¡dónde esté quiera!

JOSÉ LÓPEZ SILVA.

CHISMES Y CUENTOS

En el despacho de un General:
 —¡Tilín, tilín, tilín! ¡Que venga el ayudante!
 (Entra el ayudante fumando.)
 —Siéntese y escriba.
 (Dictando.)
 «Señor encargado del polvorin de Tarragona:
 Entréguense al portador de este oficio quinientos...»
 —Pero, hombre, ¡tire V. ese cigarró!
 (El ayudante arroja la colilla y se queda como quien ve
 visiones.)
 (El General, dictando de nuevo:)
 —«...Quinientos kilos de pólvora.» ¡Fumar sobre un
 volcán! ¡Acostúmbrese V. á ser precavido!

No te bañes en la costa,
 porque á mí no me conviene
 que enseñes las pantorrillas
 á todo bicho viviente.

Conchita, no busques sola
 las conchitas de la playa,
 porque hay muchos que las buscan,
 y si te encuentran, te atrapan.

En un coche de primera:
 —¿Dónde piensa V. pasar el verano, caballero?
 —En Biarritz, y V.
 —Yo en San Sebastián, Bilbao, Santander, Coruña, Alhama, Piedra, Panticosa, Archena, San Juan de Luz, Baden-Baden...
 —Eso me prueba que tengo el honor de hablar con uno de nuestros primeros capitalistas.
 —No tanto. Con un diputado de libre circulación.
 —¡Ah!

Con rumbo hacia Madrid salió un gallego,
 y díjole, al partir, su buena madre:
 —Hijo, nada es allí lu que parece,
 nun seas zascandil, y el oju abre.

Llegó, y en el balcón de un piso bajo
 vió una cotorra pintadita y grave
 que, haciéndole un mohín, alzó la pata
 y le gritó:—¡Maruso! ¡Chocolate!

Saludó el infeliz al pajarraco
 y echó á correr hasta dejar la calle,
 diciendo para sí:—¡Non me engañaban!
 ¡Aquí hay un hombre que parece un ave!

El exceso de original nos obliga á retirar un artículo del
 reputado crítico D. Luis Bonafoux (*Aramis*), que publica-
 remos en el número próximo.

El buen Carulla (¡Carulla había de ser!) se ha propuesto,
 en bien de la cristiandad y de los niños de la escuela, poner
 la Biblia en verso castellano.

Quando cruzando el espacio,
 llegó la noticia al cielo,
 dijo Dios:—¡Caracolitos!
 ¡no contaba yo con estol!

Leo:

La comisión de beneficencia de la Diputación Provin-
 cial de Madrid ha acordado que todos, absolutamente to-
 dos los billetes para la próxima corrida de beneficencia,
 sean entregados para su venta al despacho de la plaza.

Vamos, como la otra vez.
 Solo que entonces se entregaron á los amigos de los di-
 putados, que se pintan solos para el negocio.
 Y se vendieron bien, ¡caramba, si se vendieron!

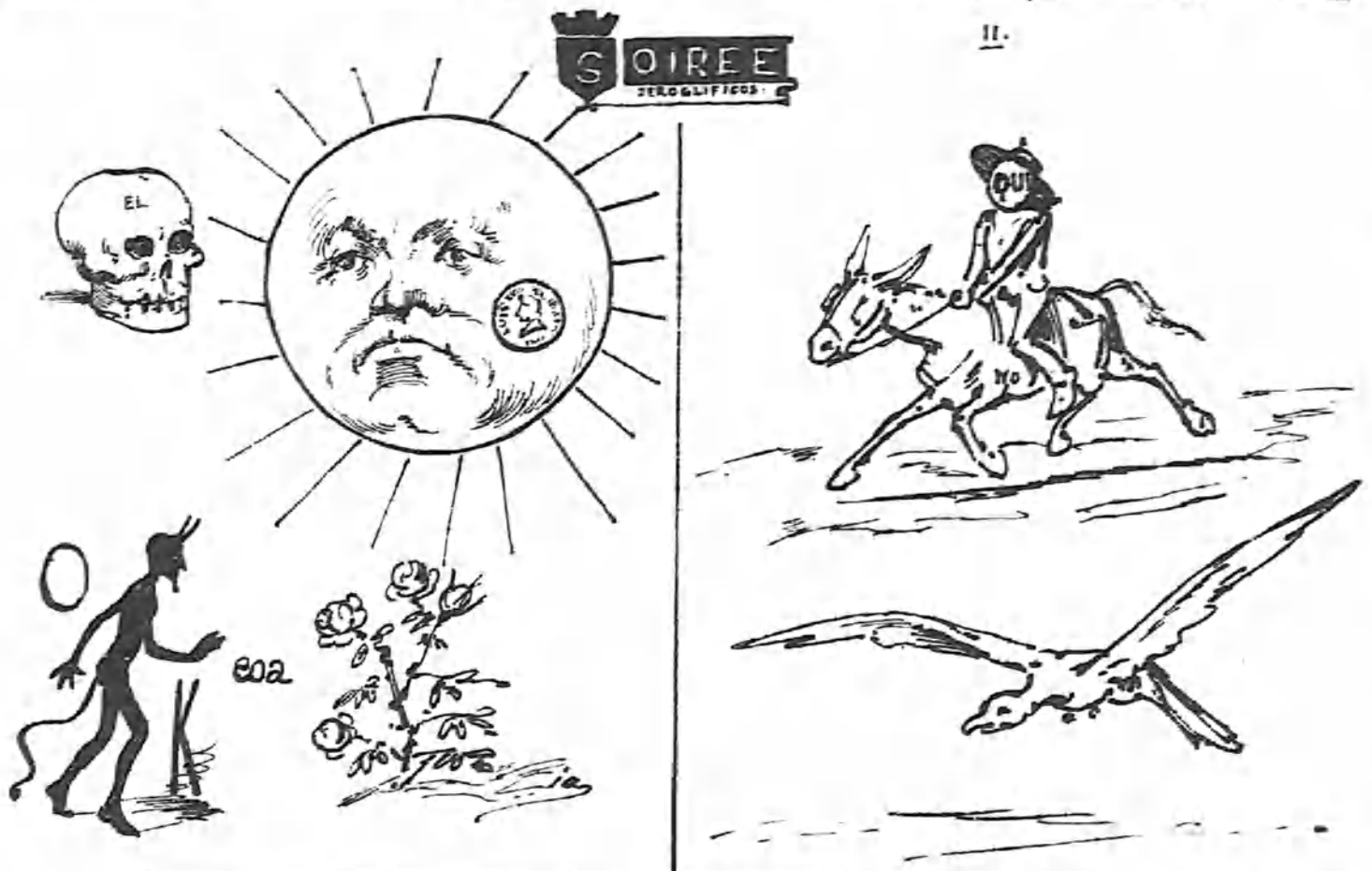
Aniceto Quijadas
 apagaba la luz á bofetadas.
 ¡Hay hombres avestruces
 hasta en el modo de apagar las luces!

—¡Qué noches tan hermosas, Arturo! ¡Donde va la gen-
 te ahora de paseo?

—Al Prado.
 —¡Pero si aquello está á oscuras todavía!
 —Pues por eso.

SOLUCIONES A LOS JERoglíficos DEL NÚMERO ANTERIOR

- I.—Si sabes que no sabes, algo sabes.
- II.—A gran derrota, soldado á la bota.



ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos

CONTIENE ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS MEJORES LITERATOS
y viñetas y caricaturas debidas al lápiz de GILLA

Redacción y Administración: GERVANTES, 2, Segundo.—Madrid.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á DOS

Precios de suscripción

MADRID	Ptas. Cs.	PROVINCIAS	Ptas. Cs.
Trimestre.....	2,50	Semestre.....	4,50
Semestre.....	4,50	Año.....	8
Año.....	8	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	
		Año.....	15

PRECIOS DE VENTA

	Ptas. Cs.
Un número.....	15
Idem id. atrasado.....	50
Veinticinco números.....	2,50
Doce idem.....	1,25

Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes y en provincias no se admiten por menos de seis meses.

No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo; en este último caso certificando la carta.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

COMPANIA COLONIAL

FUNDADORA EN ESPAÑA DE LA FABRICACIÓN DE CHOCOLATES Á VAPOUR

Proveedora efectiva de la Real Casa

22 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

ÚNICA CASA EN SU RAMO

PREMIADA
EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS
CON DOS MEDALLAS

CHOCOLATES
GRAN MEDALLA DE ORO
SOPAS COLONIALES

MEDALLA DE BRONCE

ACREDITADOS CAFÉS

LOS ÚNICOS PREMIADOS

EN LAS GRANDES EXPOSICIONES DE VIENA Y FILADELPHIA

GRAN SURTIDO DE TÉS SELECTOS

PASTILLAS NAPOLITANAS Y BOMBONES DE CHOCOLATE
DULCES Y CAJAS FINAS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

MADRID

BIBLIOTECA DE ARTE Y LETRAS

Esta Biblioteca, que ha dado á luz en magníficos tomos lujosamente encuadrados las obras de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, reparte mensualmente un tomo, un fotograbado copia de un cuadro de mérito y un número del periódico *Arte y Letras*, redactado por nuestros más distinguidos escritores.

Precio de suscripción: Un mes, cuatro pesetas.

Agotadas la mayor parte de las obras, se ha hecho segunda edición, pudiéndose servir á los suscritores todo lo publicado.

Para suscripciones y reclamaciones

Miguel Sabaté.—Mayor, 15, 3.º